

*Bosworth, 22 de agosto de 1485*

Sir Thomas Stanley, rey de la isla de Mann y barón Stanley, contempló pensativo desde lo alto de la colina el panorama que se extendía a sus pies. A la creciente luz del amanecer se podían distinguir los verdes prados moteados por el tono más oscuro de los bosquecillos que jalonaban el ondulante paisaje de la campiña del condado de Leicester.

Podría haberse tratado de una visión idílica si no fuera por los dos ejércitos que, uno a su derecha y otro a su izquierda, se disponían a enfrentarse. Thomas intuyó, más que vio, cómo los dirigentes de ambas fuerzas elevaban la vista entre la neblina producida por la humedad de la tierra hacia donde él se encontraba, preguntándose por sus intenciones. Sin volver la vista, también era consciente del nerviosismo de los seis mil soldados de su mesnada que, dirigidos por su hermano William, se encontraban a su espalda y aguardaban sus órdenes.

La mente de Thomas era un torbellino de pensamientos. Sabía que era muy probable que de la decisión que él tomara dependiese el futuro de su país y era presa de sentimientos enfrentados que le impedían reflexionar con claridad. Dirigió su vista alternativamente a un lado y a otro. A su izquierda distinguía los pendones rojos con el león amarillo de los Plantagenet del rey Ricardo III. A su derecha, el dragón rojo sobre fondo verde, emblema de Enrique Tudor, el hombre que había asumido la responsabilidad de liderar a la casa de los Lancaster en el conflicto que desde hacía treinta años les enfrentaba con los York por el trono de Inglaterra. Dos preguntas retumbaban dentro de la cabeza de Stanley: «¿York o Lancaster? ¿Plantagenet o Tudor?»

Largos años de lealtad a la casa de York le impelían a unir sus fuerzas a las del rey y último hijo de su amigo Ricardo Plantagenet, el primer duque de York que trató de hacerse con el trono inglés. Aunque él no logró, dos de sus hijos, primero Eduardo IV y luego Ricardo III, sí habían ceñido la corona en su sien. No ponerse de su lado en ese día podía suponer el fracaso definitivo de todo por lo que tantos años había luchado la familia York.

Por otro lado, desde que dejó de ser duque de Gloucester para convertirse en Ricardo III a la muerte de Eduardo IV, la conducta del nuevo rey no había respondido a las expectativas que había levantado su excepcional valía militar y la lealtad demostrada en vida y al servicio de su hermano mayor. Lord Stanley podía entender y perdonar la suerte que sufrieron los miembros de la familia de la cuñada del nuevo monarca, la reina viuda Elizabeth Woodville, que eran una plaga y que hubiesen querido gobernar a su antojo y arrinconar a Ricardo.

Pero nunca le perdonaría el asesinato, disfrazado de juicio sumarísimo por traición, de sir William Hastings, mano derecha y leal compañero de fatigas de Eduardo IV, en un proceso que bien pudo costarle la vida al mismo Stanley. Y luego estaban los cada vez más insistentes rumores sobre el destino que podían haber sufrido los dos hijos del fallecido rey Eduardo, que oficialmente seguían alojados en la Torre de Londres. A Stanley le resultaba inconcebible que Ricardo hubiera tomado medidas drásticas contra sus propios sobrinos, pero lo cierto es que hacía meses que nadie les había visto y se extendía el rumor de que el rey había ordenado en secreto su asesinato. Stanley sacudió la cabeza con incredulidad ante semejante posibilidad y volvió a preguntarse: «¿York o Lancaster? ¿Plantagenet o Tudor?»

Su mirada se trasladó al otro ejército contendiente. La verdad es que Enrique Tudor nunca había sido de su agrado. Le parecía un personaje esquivo y astuto, siempre sin dar la cara desde su exilio en el continente, primero en Bretaña y después en Francia. Menos de dos años antes, en octubre de 1483, estuvo a punto de desembarcar en Inglaterra para unirse a la rebelión contra Ricardo III encabezada por el duque de Buckingham. Afortunadamente para él, cuando todavía se encontraba en su barco sospechó que los hombres que le hacían señas para que se acercara a la costa lo que querían era conducirlo a una trampa. La rebelión había fracasado y Buckingham había sido capturado y ejecutado. Su intuición libró a Enrique de correr la misma suerte.

Pero esa huida del joven que llevaba desde 1471 exiliado fuera de Inglaterra no había contribuido a mejorar su popularidad en un país que le veía como un cobarde siempre escondido y siempre evitando tomar las riendas del bando lancasteriano en la propia Inglaterra. Hasta que, como un animal carroñero, había olfateado que su presa estaba madura y, acompañado de mercenarios franceses, había desembarcado hacía unos días en Milford Haven, en Gales. Allí se le había unido un heterogéneo grupo formado por nativos del lugar que todavía recordaban la ascendencia galesa por parte paterna de Enrique, ingleses descontentos con el rey y restos del ejército del derrotado bando lancasteriano, que permanecían leales a su madre, Margaret Beaufort, que era la principal representante viva de esa rama familiar.

Margaret Beaufort era, por supuesto, la razón fundamental por la que lord Stanley no se encontraba en ese momento en el bando de Ricardo III en el campo de batalla de Bosworth. Stanley la conocía como nadie; no en vano, llevaban compartiendo lecho como marido y mujer trece años. Cierto era que ella llegó a ese matrimonio ya con el joven Tudor debajo del brazo y como parte del lote, pero Stanley sabía cómo sería la reacción de su temperamental esposa si se enteraba de que él se había posicionado en contra de su propio hijastro en la batalla, lo que sellaría el destino del vástago de Margaret. No hay nada peor que perder un hijo.

Este último pensamiento hizo que viniera a su cabeza una imagen que había tratado con todas sus fuerzas de mantener fuera de ella para que no influyera en su decisión: la de su propio hijo, lord Strange, cuando unos días antes fue escoltado por la guardia de Ricardo III fuera de su vista. Al tenerlo bajo su custodia como rehén, el rey pretendía garantizarse la fidelidad de lord Stanley en el inminente enfrentamiento con Enrique Tudor. El encogimiento de hombros y el arrogante «tengo otros hijos» con el que Stanley había contestado al monarca no eran sino una pose. Sabía que Ricardo reservaría una muerte horrible a su hijo si él no le apoyaba en ese día fatídico y eso le encogía el corazón y casi anulaba cualquier otro pensamiento coherente en su mente, salvo las machaconas preguntas: «¿York o Lancaster? ¿Plantagenet o Tudor?»

De repente, y casi a su pesar, sonrió. Tenía algo de justicia poética que un rey como él fuese quien pudiese realizar el movimiento que ayudaría a otro hombre a ser o seguir siendo rey. Su sonrisa, no obstante, era irónica. Había heredado de su padre el título de rey de la isla de Mann. Se trataba de un reino creado en 1237, que hasta 1265 había sido vasallo del reino de Noruega, pero que en 1265 pasó a hacerlo del de Inglaterra. Llegó a ser independiente unas décadas, pero desde hacía casi un siglo volvía a ser un dominio que dependía del rey de Inglaterra. El título había pertenecido a la familia Stanley desde 1405,

aunque Thomas sabía que solo tenía de rey el nombre y no era soberano de ningún reino.

Era plenamente consciente de que tenía en sus manos el destino de Inglaterra y de que, hiciese lo que hiciese, después de la batalla su situación sería dolorosa y peligrosa. Thomas deseó encontrarse en cualquier otro lugar del mundo y cerró con fuerza sus ojos durante unos segundos, pero al volver a abrirlos se encontró en el mismo lugar y con la misma visión y comprobó que el tiempo se le agotaba. El sol ya asomaba por el este y los carraspeos con los que su hermano William trataba de llamar su atención, y de los que hasta ese momento había hecho caso omiso, amenazaban ya con convertirse en un serio ataque de tos.

Además, desde el campo de batalla llegaban gritos de desafío y aullidos de dolor que dejaban claro que los dos ejércitos ya se habían enzarzado en combate. La niebla había levantado y eso le permitió observar que Ricardo III había detectado el lugar en el que se encontraba Enrique Tudor y había dirigido una furiosa carga al tener por primera vez frente a frente a su esquivo rival, que en breve se encontraría en una más que apurada situación.

Stanley pensó que el rey iba a estar demasiado ocupado en las próximas horas como para dedicar sus pensamientos al cautivo lord Strange, lo que ofrecía una posibilidad de que su hijo sobreviviera aunque él se posicionase contra Ricardo. Nuevamente dos recurrentes preguntas le vinieron a la mente: «¿York o Lancaster? ¿Plantagenet o Tudor?»

No había tiempo para más reflexiones. Lord Thomas Stanley, rey de la isla de Mann y barón Stanley, lanzó un largo suspiro y, tomada su decisión, apenas giró la cabeza y musitó una sola palabra a su hermano William para que fuera este quien se incorporara a la batalla y diera las pertinentes instrucciones a su mesnada.

«Tudor».